

APERTURA DE CURSOS DEL AÑO DE 1939

DISCURSO

pronunciado por el Presidente de la República.

Señor Rector, señoras, señores:

Con emocionado orgullo cumpla el encargo de abrir este acto solemne, reanudando así una noble tradición, acorde con la inconfundible manera de ser colombiana, que reclama una vinculación primordial y estrechísima entre los mandatarios y cuanto a la educación pública se refiera.

Nada puede ser tan honroso para el Jefe del Estado como inaugurar, en medio de profesores y estudiantes, las tareas anuales de la Universidad. Nada tan grato como asociar al gobierno de la nación, con fervor entusiasta, a esta ceremonia consagrada a dignificar el estudio, a proclamar que la juventud y sus maestros se dan una vez más la mano y solidariamente continúan en el sacro empeño de velar por los fueros de la inteligencia; de mantener viva la luz del espíritu, alimentada en fuentes de libertad; de prepararse en los talleres de la ciencia a servir a esta patria nuestra, que tiene su ambición puesta en ser tierra de hombres libres, fuerte por su fuerza espiritual, por sus centros de cultura, por la sinceridad de su fe democrática.

La primera preocupación de quienes realizaron nuestra independencia fué la de redimir los espíritus por las letras. En los primeros días de Colombia, cuando el legítimo envanecimiento de tantas victorias alcanzadas heroicamente en los campos de batalla hubiera podido eclipsar toda otra aspiración, se vió a los patriotas discurrir más sobre los fueros de la inteligencia, que sobre la

gloria de las armas. Yo creo que la República debe sentirse depositaria de este primer anhelo de quienes a un mismo tiempo con el culto de la libertad, quisieron inculcarle a los colombianos una voluntad de perfección espiritual.

Cuarenta días después de aquel en que la victoria de Boyacá puso sello indeleble a nuestra emancipación, cuando aún llenaban el aire los ecos marciales de la épica jornada, dictó Bolívar en Bogotá, el 17 de septiembre de 1819, el decreto que echó las bases de una nueva cultura. Se estremece de emoción el hombre de nuestros tiempos cuando vuelve los ojos a aquellas épocas de titánico esfuerzo y ve al héroe máximo en el apogeo de sus proezas guerreras, marcando, el primero, la ruta del esfuerzo espiritual, y ve al general Santander fundando, en ese mismo año de 1819, un colegio para los hijos de quienes habían expiado en el patíbulo su amor por la libertad americana, dejando para suprema amargura suya a sus hijos sin esperanza y sin abrigo. Si el Pacificador Morillo creyó completo el escarmiento confiando al desamparo la suerte de una generación hija de varones enamorados de la libertad, la República agradecida y memoriosa vino a alumbrar el camino de esos huérfanos cuya niñez arrullaran la gloria y el sacrificio, con la protectora claridad de la educación, y dijo así, en acto sugestivo, cuál es la clave de sus propósitos.

No puedo ni podría ningún colombiano en un día como éste, olvidar el nombre cien veces ilustre de Francisco de Paula Santander. Sería preciso callar lo que es debido a la justicia, para no evocar a quien junto con el título de hombre de las leyes, debe recibir el de padre de nuestra cultura republicana. No se encuentra hoy centro vivo en todos los ámbitos de la República, que no guarde el recuerdo de aquel prodigioso fundador de escuelas. Ahí están, para recordarlo, los colegios de Boyacá y Antioquia, los de Santa Librada y el Socorro y San Simón. Ahí está esa universidad de Popayán que es como una lámpara encendida delante de su claro nombre. Ahí está esa fórmula sapiente del colegio de huérfanos que es todo un tratado de pedagogía y de sentido de la realidad ambiente, en que se consagra cómo para redactar sus constituciones ha de tenerse en cuenta, junto con las constituciones de los colegios modernos de Europa, lo que es nuestra propia tierra, para que lo forastero sólo se aplique en cuanto, son sus palabras, pueda adaptarse al clima a las costumbres y al sistema de gobierno en Colombia.

Sus decretos de entonces, cuya introducción tiene cierto airoso rumor de clarines victoriosos, sugieren en este caso el gesto

de un general invicto que coloca todos sus laureles en el altar de la ciencia. "Francisco de Paula Santander, rezaban aquellos textos inolvidables, de los Libertadores de Venezuela y Cundinamarca, condecorado con la Cruz de Boyacá, general de división de los ejércitos de Colombia, Vicepresidente de la República. . . . Decreta: Se establece una Universidad en el departamento del Cauca, y se señala a la ciudad de Popayán como más proporcionada por sus circunstancias para lugar en que debe establecerse".

En los actos de Santander ha de inspirarse también el legislador de nuestro tiempo, para ver cómo en ellos se consagra un principio esencial de la República que no quiere que la ciencia se encastille en una ciudad sino que se extienda a todo el territorio y lo fecunde. Sería cerrar los oídos a voces justísimas, henchidas de fe y entusiasmo, el desatender a las grandes universidades seccionales en que vastas regiones han puesto lo mejor de sus esperanzas. Fué Santander quien desde el pórtico mismo de la República juzgó que éste había de ser el camino trazado al porvenir de la universidad en Colombia.

Y así fué como, acompasándose con los primeros pasos de su vida, esta República ordenada por el buen sentido de Santander, vigorizada en cada una de sus ciudades, delineaba para el futuro el puesto que debemos consolidar e incrementar sin tregua. De esos días en que Santander mismo creó las escuelas normales de Bogotá, Caracas y Quito para que los maestros fueran a ellas a renovarse en los nuevos métodos pedagógicos; de los tiempos en que se fundó la primera escuela de minas y vinieron a ella Roulin, Rivero, Boussingault y Gaudel para echar las bases de la actividad industrial, debe arrancar el calendario cultural de la república. Es la misma forma en que la colonia empezó su débil acción docente, y España su fecunda obra de transfusión de la cultura de occidente en nuestra América, con esos seminarios y universidades, con la Javeriana y con la Tomística, con San Bartolomé, el Rosario y los conventos que oyeron resonar por primera vez el canto de las palabras castellanas en una aula santafereña.

El acto que hoy venimos a solemnizar con el fervor común que debemos poner a estas obras, recuerda ciertos días de renacimiento y esplendor, que voluntariamente estaréis evocando todos ahora mismo. Eran los días que ilustraron con su palabra magistral Camacho Roldán, Ancizar, los Pérez y Zapatas, y hasta esa figura nobilísima que no hace muchos meses se fue suavemente de este mundo en una muerte tranquila y silenciosa: don

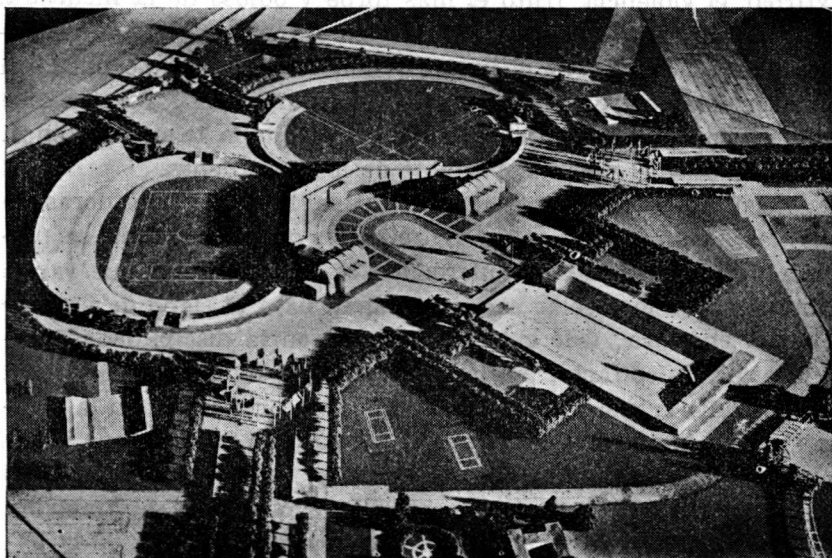
José Ignacio Escobar. En aquella segunda mitad del siglo pasado se renovó el diálogo entre los maestros y estudiantes de Colombia y los del viejo mundo, exactamente con la misma frescura que ocurrió en los tiempos de Humboldt y de Mutis, cuando cartas de Linneo llegaban hasta Santa Fe de Bogotá. En la época de la Universidad de Ancizar, los problemas que Spencer formulaba entonces en Europa se planteaban simultáneamente aquí ante concursos enormes que llenaban los salones de la calle de las aulas. Se estableció ese contacto fecundo entre los altos estudios y la muchedumbre ciudadana, y la voz de los maestros llegó a todos los oídos, como vuelve ahora a llegar en el diálogo sublime de la experiencia y el saber, con el ansia de conocimientos y con la apasionada sed de investigación.

Renace ahora nuestra Universidad, ocupa de nuevo el puesto de honor y de responsabilidad suprema que en las actividades nacionales le corresponde, y todos nuestros ojos se fijan en ella. Mi ilustre predecesor le dio impulso magnífico, y la presente administración tiene como el mejor de sus propósitos, el de lograr que las Universidades colombianas, convertidas en motivos de orgullo para todos, sean prestigiosos centros de estudio y de sabiduría, de investigación y de preparación, grandes focos de cultura que a la vez garanticen a nuestros estudiantes la más completa y eficiente preparación profesional, y ofrezcan estímulo decisivo para la cultura desinteresada, para obras científicas y literarias que den a nuestras Universidades su verdadera significación espiritual. Yo espero que cada año, en estas ceremonias cuya importancia ha de ser cada día mayor, podamos ir registrando nuevos avances, progresos más efectivos, más brillantes conquistas en este campo como ninguno otro propicio a las actividades colombianas.

Al declarar abierto el año universitario de 1939 no puedo menos de advertir cómo el estudiante, la más seductora figura romántica de la historia, tiene ante sí en nuestro tiempo problemas gravísimos que preocupan como nunca a quienes contemplan los panoramas del mundo. Pocas veces responsabilidad semejante pesó sobre los hombros de una generación nueva, y es ella especialmente grave para quienes vinculan el desarrollo de sus vidas y el porvenir de su nacionalidad a los ideales y procederes de la democracia y no lo fían todo a la obediencia silenciosa y a la propaganda unilateral que excluyen el análisis y proscriben la investigación. La democracia no puede ser no es el régimen de la facilidad. Cuando ella brinda oportunidades y

abre a todos los caminos para llegar a las alturas, hace una invitación a la energía, hace un llamamiento al esfuerzo, pero no otorga un privilegio. Dice a cada estudiante que le ofrece los medios para construir su propia vida, pero que el resultado al fin y al cabo depende tan sólo de la manera como él aproveche esos medios de su consagración al estudio. de su empeño por asegurar la victoria. Le dice también que hay modestas y decisivas virtudes sin las cuales ningún éxito duradero es posible: La disciplina, el orden, la abnegación. Las posiciones que brinda la Universidad no se conquistan por asalto, en impulsos anárquicos, sino que requieren el paciente heroísmo, las largas horas silenciosas pasadas en el laboratorio o en la biblioteca, la callada meditación en que se fortalece la mente. Y como base de todo la fuerza moral que ilumine los actos y guíe los pasos.

Para la juventud colombiana están abiertos los caminos, mas no podrán ellos recorrerse con fortuna sino al impulso de una preparación sólida y eficiente. La técnica ha complicado prodigiosamente todos los ramos de la actividad y deja ya muy poco campo para la improvisación y ningunas posibilidades para el esfuerzo desordenado e ignorante. El estudio tenía desde siempre



CIUDAD UNIVERSITARIA, INSTITUTO DE EDUCACION FISICA.

GRUPO DE CANCHAS Y OTRAS DEPENDENCIAS.

atractivo insuperable en el placer magnífico de comprender, en las ventanas que abre sobre todos los aspectos de la vida, pero ahora, además, sólo él proporciona los medios insustituibles para luchar y para prosperar. El saber auténtico, la preparación científica adecuada, la cultura creciente son hasta condición de vida de este régimen republicano que tan intensamente amamos.

Cuando medito sobre el destino de las democracias, en esta hora tremenda de la historia en que los más altos valores del espíritu son revisados a nombre de la violencia imperiosa, pienso con honda inquietud en lo que sería del gobierno de colectividades que se negasen a cultivar su inteligencia en las disciplinas hondas y graves del estudio. El gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo —caro ideal nuestro—, hecho por un pueblo ignorante, no podría, en esta era de la técnica implacable, ser fórmula de bienestar civilizado sino regreso a oscuras épocas primitivas en que el instinto elemental esclavizaba a la inteligencia balbuciente. Sólo en el yunque de la educación pueden forjarse los hombres capaces de interpretar y guiar a los pueblos; sólo la universidad, amplia y completa, puede formar los equipos capaces de asegurar nuestros futuros destinos, de cerrar las puertas a la barbarie, de extirpar la violencia, fruto el más torpe y odioso de la incultura, de afianzar sobre bases incommovibles esa paz que, según lo dijera ayer en frase feliz el ilustre rector del Rosario, no puede ni debe ser otra cosa que “la tranquilidad en el orden”. Y quien dice orden, dice a la vez justicia y libertad, ya que la tiranía es, en el terreno moral, el más insoportable de los desórdenes.

Recordando mis horas universitarias, horas encantadoras de estudianta esperanza, horas augurales en que el mañana se presenta lleno de promesas, quiero invitar a los jóvenes que van a principiar su año escolar a que lo hagan bajo el signo de una resolución enérgica. Que cultiven y acendren la disciplinada fuerza interior, único factor positivo de ascenso y de triunfo; que vean en el estudio la más rica fuente de goces espirituales y en la ciencia el arma mejor forjada para abrirse paso en la vida; que amen la Universidad y cuanto ella significa, y fortalezcan sus mentes para la lucha del porvenir, sin espíritu egoísta, con la ambición de hacerse dignos de las ilusiones que hoy despiertan, y de la patria que les abre sus brazos.

Como amigo de los estudiantes yo quiero significarles que la democracia es un movimiento de ascensión para el individuo, y

no una tendencia a rebajarse. El estudiante debe huir de la vulgaridad porque sobre él descansa su propia dignidad y la dignidad misma de la Universidad.

Que empiece este año escolar con el solidario esfuerzo de profesores y estudiantes. Que los maestros estén a la altura de su misión sagrada y de ese título que tantas cosas nobles y grandes evoca, y que los estudiantes pongan al lado de la alegría de sus años la seriedad vigorosa de sus empeños, sin olvidar nunca que el tiempo es para ellos un tesoro imposible de reponer si lo pierden, imposible de superar en fecundidad si lo aprovechan.

El país los sigue en sus tareas con emocionada ternura y con vasta confianza, y yo, como jefe del Estado, más que con confianza, con seguridad en el espléndido futuro de Colombia, porque en ese futuro, para gloria y provecho de todos, se dibuja la acción noble y renovadora de estas generaciones que van a recibir con su iniciación en las ciencias, el mensaje de una patria joven y fuerte, ambiciosa y ardiente, resuelta a levantar su pujanza sobre libres cimientos espirituales y que se refleja sin temor en el ancho espejo de sus juventudes.

DISCURSO

**pronunciado por el Rector de la Universidad, doctor
Agustín Nieto Caballero.**

Excelentísimo señor Presidente de la República, señor Ministro de Educación, señores miembros del Consejo Académico de la Universidad, señoras, señores:

Las nobles y luminosas palabras que acaba de pronunciar el señor Presidente de la República, ponen una vez más en evidencia aquel interés primordial que prestan él y su gobierno al desarrollo y engrandecimiento de la cultura patria.

Con gran solemnidad se iniciaban y clausuraban las tareas universitarias hace sesenta años. El Jefe del Estado presidía siempre tales sesiones y estimulaba con el prestigio de su palabra a la ansiosa juventud congregada en torno suyo. Suprimida la rectoría de la Universidad perdióse esa tradición, que hoy reanudamos tras una pausa de más de medio siglo.

Honda trasmutación de valores se ha efectuado desde entonces. El mundo ha marchado a un ritmo de aceleración no sospechado, y las ideas surgidas en el viejo continente no tienen ya la marcha lenta de aquellos tiempos que tan distantes nos parecen ahora. Las ideas cruzan hoy los mares, atraviesan el espacio, con la velocidad de la luz, y llegan hasta nosotros con el calor del choque que las ha producido. Mas ya, a diferencia de otros días, las ideas no toman carta de ciudadanía sino cuando se han des-

prendido de la escoria de su medio, a la manera de los barcos marítimos que al penetrar en aguas dulces ven desprenderse de su casco todos los parásitos salinos.

La humanidad de allende el mar vive en el presente una hora de incertidumbre y de zozobra. Las generaciones nuevas se hallan en un mundo de transición, y, perplejas ante el espectáculo caótico, vacilan entre la violencia que destruye y el escepticismo que lleva a la inmovilidad. Juventudes trágicamente belicosas o desencantadas son la dolorosa resultante de los pueblos convulsionados por el demonio de la guerra.

En contraste con aquella situación conflictiva, nuestro país predica y vive la paz. Ante el pensamiento sacrilego de que Dios va a la cabeza de los ejércitos devastadores, ante el impío postulado de que a mayor fuerza mortífera mayor apoyo divino corresponde, se acrecienta en nosotros la idea y el sentimiento de un Dios que no comanda ejércitos, de un Dios bueno y justo que bendice la paz en hogares y pueblos.

Es esta fe, es este armónico estado de nuestro espíritu, lo que nos permite reunirnos esta noche aquí para hablar, no de nuestra potencialidad guerrera sino de los prospectos de nuestra cultura.

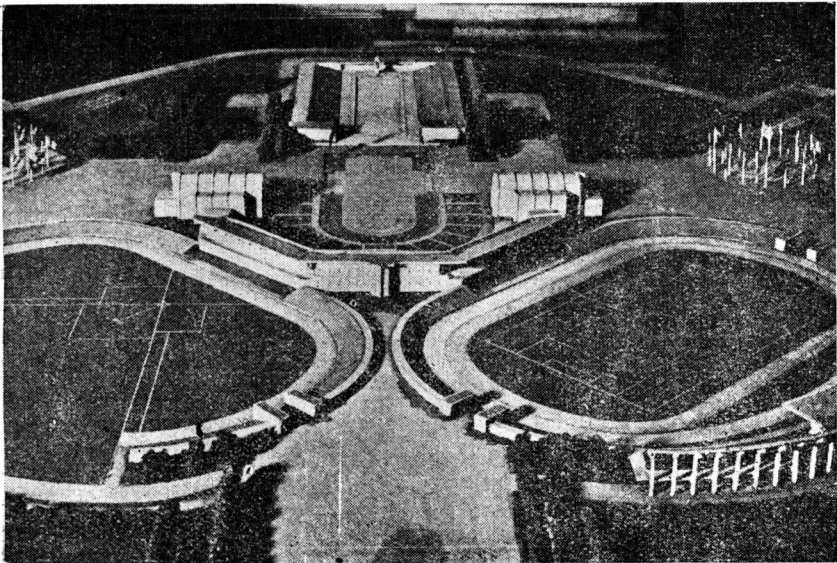
Era costumbre en las sesiones solemnes de la Universidad escoger un tema filosófico o literario para tejer sobre él algún motivo de meditación profunda. Había entonces el reposo suficiente para lograr a cabalidad tan grato esparcimiento. Los hombres de la generación actual, a quienes se nos encomienda una responsabilidad directora, no encontramos ya la manera de disponer de aquel divino ocio constructivo que tan bellas páginas legó a la posteridad. Vivimos afanosamente los hombres de esta época. Espoleados por las horas que pasan, sentimos cada día que para rendir a cabalidad la jornada de acción que corresponde a nuestras responsabilidades necesitaríamos del sol nórdico de la media noche y de una nueva constitución biológica. Los tiempos de la linterna mágica, que hizo delicias de las tranquilas veladas hogareñas de hace medio siglo, han sido reemplazados por la era vertiginosa de la cinematografía.

Urgido y angustiado, en un corto paréntesis de horas, de espaldas al paisaje que reclama la contemplación y el reposo, pensé que mi primordial tarea en esta noche era el decirnos cómo veo y siento, en mi función de Rector, la Universidad de hoy .

Vengo pues, a hablaros de nuestra Universidad en los términos sencillos, despojados de galas oratorias, que reclama la urgencia del momento. Mas para no hacer demasiado agudo el contraste entre lo de hoy y lo de ayer, me ocurre aludir primeramente a los lejanos orígenes de la Universidad.

Desde la antigüedad clásica hubo profesorado de enseñanza superior. Pitágoras, sentado en su trono de maestro, con la apostura de una deidad metafísica, envuelto en lujosas vestiduras, cubierta la cabeza con guirnaldas de oro, hierático e intocable, es ya, seis siglos antes de Cristo, el prototipo del profesor universitario que en el largo transcurso de dos mil seiscientos años, haría su aparición en todas las latitudes. Los discípulos del gran matemático no tenían derecho de interrumpir al maestro en ningún momento de su peroración. Memorizaban en silencio. La cátedra era simplemente un auditorio.

Sócrates, cien años más tarde, es también un profesor de alta enseñanza, mas lo separa y diferencia de su antecesor el hondo espíritu democrático que él encarna con el apostolado de su vida y el sacrificio de su muerte. No fundó cátedra como Platón o Aristóteles, mas nadie conoció en la antigüedad una mayor in-



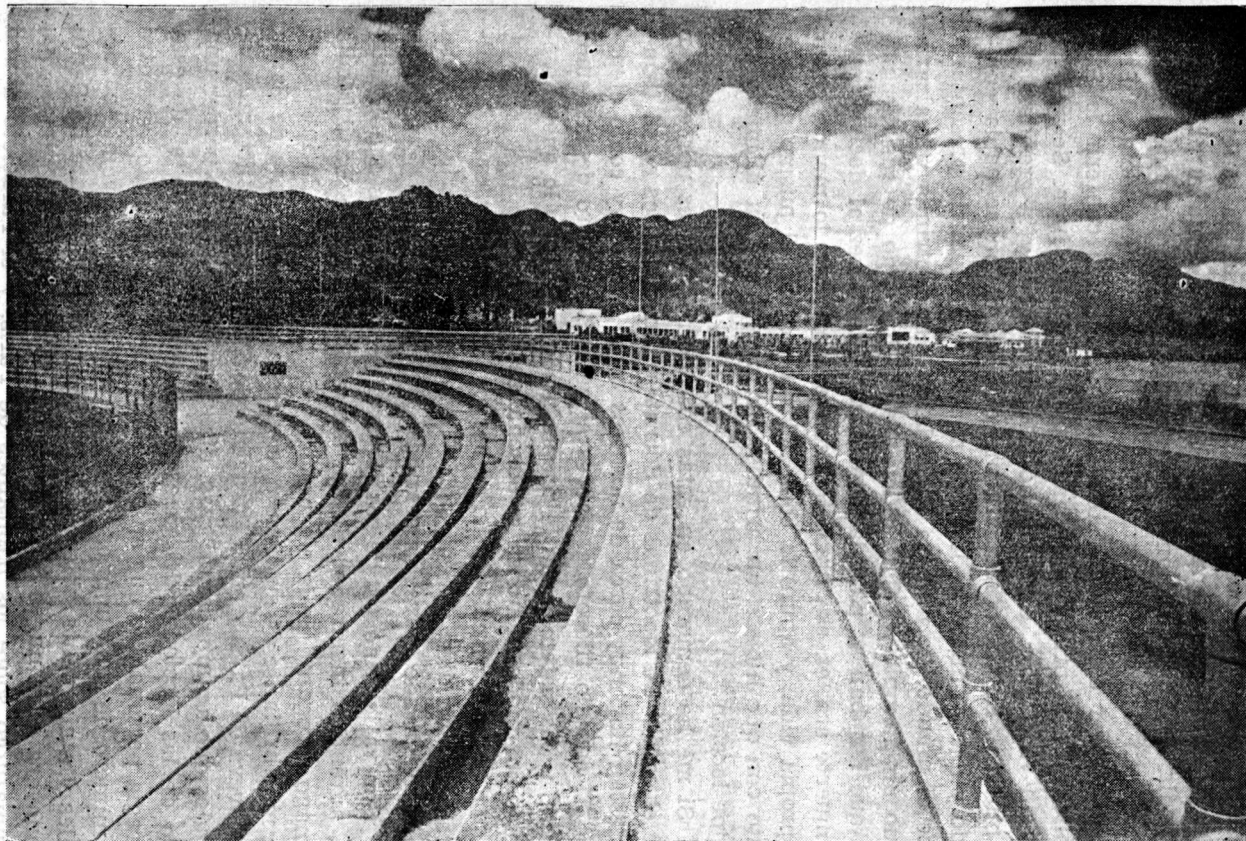
CIUDAD UNIVERSITARIA, INSTITUTO DE EDUCACION FISICA,
ESTADIO ALFONSO LOPEZ Y OTRAS ESTRUCTURAS.

fluencia que la suya. Iba por las calles, envuelto en una vieja capa y con los pies descalzos, y acostumbraba trabar conversación con el primer transeúnte que encontraba, así fuera un miserable o un aristócrata. De esta original manera consiguió sus discípulos. Su método era fingir que lo ignoraba todo. Interrogaba constantemente. Si en las respuestas notaba arrogancia, complaciase en llevar al absurdo a quien así le respondía. Usaba del sarcasmo, de la fina ironía, hasta lograr siempre, por medio de preguntas acosar en el ridículo a su impertinente contendor. De esta manera se burló, uno a uno, de todos los sofistas de Atenas. Si, por el contrario, tropezaba con gentes humildes o con aquellos que realmente anhelaban saber, entonces, sin cambiar de método, haciéndoles preguntas, les llevaba por medio de sugerencias a encontrar la verdad con el esfuerzo propio, a desarrollar ampliamente la propia personalidad. Lo importante para él era hacer pensar, hacer discurrir, hacer llegar al conocimiento por medio de la reflexión. Pedía que antes de llenar la mente de nociones no entendidas se formara el criterio. Pensaba que sin criterio, sin juicio, no puede haber conocimiento consciente ni acción verdaderamente libre.

Oponiéndose al sistema que toma al alumno como ser pasivo, como ser inerte, en el que se inscrustan y estampan conocimientos, el método socrático toma al alumno como ser activo, como ser en continuo desarrollo, que observa, que investiga, en compañía de un amigo a quien da el nombre de maestro.

Tales —el más ilustre de los sabios de Grecia, el fundador de la más antigua escuela de filosofía —había formulado el principio: “Ante todo estudia y conoce tu propio ser”. Sócrates empleó su vida entera en hacer que este pensamiento fuera comprendido y usó de toda su ciencia y de toda su ironía para demostrar que sin este conocimiento íntimo de la propia personalidad todo estudio quedará falseado.

Dar lecciones como lo hacía Sócrates, usando del rigor con el poderoso y de la lenidad con el débil, era en extremo peligroso. En torno suyo fue creándose un ambiente hostil. Se llegó hasta el odio que anhela el exterminio. Nadie, sin embargo, se atrevía a atentar contra la vida del maestro. Tal era el respeto que inspiraba. Finalmente, no sabiendo sus enemigos cómo sellar aquellos labios fulminantes, inmisericordes, se le acusó ante la ley. La acusación era tremenda: menosprecio por los dioses de la Re-



CUIDAD UNIVERSITARIA, VISTA PANORAMICA DESDE EL ESTADIO ALFONSO LOPEZ; EDIFICIOS DE ALGUNAS DEPENDENCIAS; AL FONDO, LA CORDILLERA QUE CIRCUNDA LA SABANA DE BOGOTA

pública y corrupción de la juventud. Lycias, el más grande orador de aquellos tiempos, vino a ofrecérsele para la defensa. El filósofo rehusó. Condenado a beber la cicuta, tenía el privilegio de pedir una substitución a este castigo. Pidió entonces a sus jueces, con desafiante ironía, que lo honraran llevándolo al Prítaneo por ser éste el más alto honor que podía conferir la República. En la prisión se le facilitó el medio de huir. Se negó a ello sin vacilación. Comprendió la oportunidad y la grandeza de su muerte. Entendió lúcidamente que su misión se había cumplido y que su martirio, lejos de apagar su influencia presentaría ante el mundo, de manera inolvidable, sus doctrinas y realzaría como un ejemplo su figura de apóstol. Rodeado de sus discípulos, que lloraban su partida, sonrió por última vez al decirles que su muerte era, en esa hora, tan conveniente, por lo menos, como su propia vida, y apuró la copa del veneno con el mismo amable gesto con que hiciera un brindis. Su muerte fue su última y su mejor lección.

Si me he demorado en estas consideraciones, es por estimar que el caso y las doctrinas de Sócrates, tan distantes en el tiempo, están hoy muy cerca de nosotros como símbolo y como ejemplo. El egregio filósofo griego es el varonil maestro de la democracia, y sus sistemas son la propia medula de todo lo que entendemos por modernidad en la enseñanza.

La historia no coloca, sin embargo, a los precursores de la Universidad sino diez y siete siglos después de la muerte de aquel maestro, grande entre los grandes.

Son ya los tiempos de comienzos del siglo XII, en que Abelardo, auténtico inspirador de las universidades de la Edad Media y mago arrogante de la elocuencia y de la sabiduría, la inteligencia más brillante de su tiempo, congregaba en el monte de Santa Genoveva de París y en el Paraclete de Troya hasta cinco mil discípulos que acampaban al raso, días tras días, para no perder una sola de las lecciones del maestro. Singular prestigio el de esta egregia personalidad que en su cátedra de teología pudo ver entre el número de sus alumnos al propio Santo Padre, a veinte cardenales y a cincuenta obispos. Háse comparado el Monte de Santa Genoveva a un nuevo Sinaí desde donde descendía la palabra del taumaturgo sobre los habitantes de París, y el Paraclete a una nueva Tebaida que atraía gentes de todos los rincones del mundo conocido entonces.

Poco después de la agitación espiritual causada por Abelardo y por su contendor Guillermo de Champeaux, aparecieron los Studiums—las universidades—de París y de Bolonia, y fueron haciéndose presentes las célebres instituciones que han resistido el embate de los siglos: Oxford, Cambridge, Salamanca, Coimbra, Leyden, Heidelberg, Leipzig, Praga, Cracovia.

Vuela al Nuevo Mundo la semilla viva, y de ella brota en las tierras vírgenes de las Américas la flor y el fruto de la libertad.

La revolución francesa, que había suprimido las universidades por la hostilidad que en ellas se manifestaba contra los filósofos del siglo XVIII, abogaría por un nuevo tipo de Institutos Universitarios, con estrecha interdependencia entre todas las ramas del conocimiento, sin lograr por otra parte convertir la idea renovadora en realidad.

Correspondería a las Universidades americanas la plenitud de este magnífico triunfo.

Hacia 1806 Napoleón crea la Universidad Imperial, fuerza espiritual totalitaria en las manos inflexibles del dictador. Todo el presupuesto en la instrucción pública pasa así a la Universidad, y la completa dirección de la enseñanza queda bajo su mando. Para calar más hondo en la conciencia del pueblo se estatuye que el juramento del Rector—"gran maitre" de la Universidad—se haga en la capilla imperial ante el propio Emperador con la mismas formalidades usadas para el juramento de los arzobispos.

En 1808 reglamenta Napoleón esta efímera Universidad del Imperio, y así reza el preámbulo del famoso decreto:

"Napoleón, por la gracia de Dios y de la Constitución, Emperador de los franceses, Rey de Italia y protector de la Confederación del Rhin..." Distancia sideral en lo político la que establecen estos ciento treinta años de acontecimientos históricos.

Los creadores de nuestra nacionalidad seguían de cerca el movimiento de las ideas que por aquel entonces hacían camino en Europa. No eran simples guerrilleros sino caudillos letrados que no pensaban únicamente en el triunfo de las armas. Se desvelaban también en reflexiones sobre la organización de la victoria en beneficio de la cultura patria, hacían alto muchas veces en la trocha para dialogar sobre el libro que en la noche habían leído y meditado. No de otra manera se explica la admirable información cultural que poseían al término de la contienda, información

que vino a permitirles desarrollar ideas universitarias que apenas estaban en embrión en su lugar de origen.

Bien está que recordemos en todo tiempo a los egregios fundadores del Rosario y de San Bartolomé, hogares espirituales de aquella generación incomparable de nuestra independencia. A estos hogares nuestra cultura les deberá siempre una evocación conmovida. Fueron aquellos intrépidos guerreros quienes en los albores de nuestro siglo sentaron los principios de esa amplia cultura secundaria y universitaria que sirve aún de basamento a todas nuestras instituciones educativas.

Yo quisiera hacer en este día una evocación especial del general Santander, el más insigne de los creadores de nuestra cultura patria. Su nombre quedó vinculado, de uno al otro extremo del país, a instituciones docentes que aún perduran, y la sombra de su espíritu civilista —sombra protectora— se proyecta a lo largo de un siglo de nuestra historia. Somos santanderistas, sepámoslo o no, cuantos sentimos arraigado en lo más hondo de nuestra entraña el espíritu cívico colombiano y el amor a la escuela que redime de la más oprobiosa de las esclavitudes: de la esclavitud de la ignorancia.

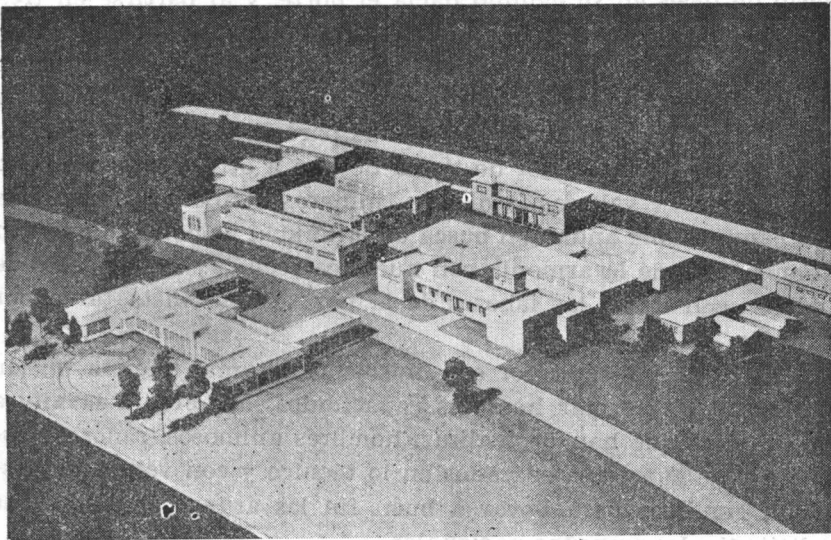
Emocionada evocación merecen asimismo en este día los forjadores de la Universidad Nacional surgida ya con este nombre en el año de 1867, cuando el Presidente Acosta, queriendo contrarrestar los excesos de la federación, funda este gran centro de cultura superior. Sólo quince años de vida alcanza esta institución bajo la dirección de expertísimos rectores. En 1881 ya el rectorado de la Universidad no existe, mas queda entonces para gloria de la institución aquel consejo académico cuya nómina es grato recordar ahora. Son nueve nombres patricios: Santiago Pérez, Manuel Ancizar, Salvador Camacho, Antonio Vargas Vega, Manuel Plata Azuero, José Ignacio Escobar, Narciso González Llineros, José Manuel Marroquín, Rufino J. Cuervo y Tomás Herrán, quien actúa como secretario.

Cincuenta y cinco años más tarde reaparece la rectoría de la Universidad. La ley orgánica que sanciona el 7 de diciembre de 1935 el Presidente López, a quien la Universidad deberá siempre respetuosa gratitud, hace irrupción en las calmadas aguas de los medios universitarios con un arrogante sentido de modernidad.

Hémos aquí reunidos al calor de esta restauración cultural.

La nueva Universidad junta en un solo haz de trabajadores a todas las facultades y escuelas de enseñanza superior, y engloba institutos de investigación y organismos docentes cuya misión artística o social hace parte integrante de la cultura nacional.

Nuestra aspiración sería ver convertida la Universidad en la casa del espíritu colombiano, en el hogar de la cultura patria, en la escuela de la ciudadanía. Quisiéramos que la Universidad no fuera solamente la fábrica de profesionales más o menos expertos, sino también un laboratorio de investigación cuyas luces estuvieran permanentemente encendidas, y un refugio seguro para la juventud estudiosa de toda la nación. Quisiéramos ver a esa juventud al margen de las miserias materiales y morales, apartada de las luchas electorales de los partidos, inflamada sólo por el amor al estudio y la alegría de vivir, en un ambiente de orden, de trabajo, de mutuo respeto, de pulcritud y de caballerosidad; en un ambiente depurado y noble. El desgreño, la inútil vocinglería, el relajamiento moral puestos en fuga. Una Universidad que sea enciclopedia viva de conocimientos, y síntesis a la vez de los anhelos espirituales de la nación, respetuosa de la tradición e inspirada a la vez en la realidad palpitante del momento. Una Universidad con mente hospitalaria para las



CIUDAD UNIVERSITARIA, GRUPO DE EDIFICIOS DE LA ESCUELA DE VETERINARIA.

ideas de hoy y de ayer, para las que brotan de la entraña de la propia tierra o para las que vienen de los confines de todo el horizonte humano. Una Universidad que sea como la conciencia esférica de la patria, que abarque el paisaje geográfico y el paisaje espiritual, los problemas de la tierra y el hombre, el pretérito y el futuro de la nacionalidad. Una Universidad que no sea el auditorio sino el laboratorio de la juventud, que no olvide las lecciones del pasado, pero que viva en presente de indicativo y anuncie por su espíritu y trabajo tiempos mejores. Una Universidad que no sólo acoja alborozadamente a quienes lleguen a ella, sino que vaya fuera en busca de discípulos, que se acerca al pueblo para llevarle las luces de la ciencia y para poder recibir al mismo tiempo las lecciones que el pueblo sabe dar.

Desde el empinado mirador de la rectoría de la Universidad Nacional contempla el hombre que accidentalmente ha subido allí todo el vasto panorama de la patria. Dilatadas costas sobre los dos océanos, cuyas aguas bañan los cinco continentes, lo que significa el paso franco hacia todos los confines. La gran cordillera andina que, al penetrar en nuestro territorio, estalla como un juego de luces en su camino hacia el norte, y al partirse en tres grandes ramales hace triple la extensión de las regiones más hospitalarias para la planta humana, enriquece en zonas de cultivos varios el territorio que recorre, centuplica la potencia de las aguas que se desploman de todas las alturas para convertirse en fuerza, calor y luz, y pone a flor de tierra de uno a otro extremo de tan vasta comarca valiosas riquezas mineras. Caudalosos ríos, que son caminos que andan en busca de la unidad nacional, o que van al encuentro de la armonía con nuestros vecinos. Y un pueblo de indole hecha para las labores de la paz. Y una vasta tarea por cumplir.

Hé aquí, indicada por este mismo panorama, nuestra misión universitaria: formar hombres capacitados, hombres a la altura de la faena que han de realizar, hombres animosos, sanos de espíritu y de cuerpo, preparados en lo técnico y con voluntad y espíritu generoso para llevar a buen fin las arduas empresas que solicitarán los empeños nacionales.

Gran nación la nuestra. Sí, gran nación y perspectivas halagadoras las que ella ofrece a los hombres de coraje, pero hondos y complejos y graves problemas, también, los que hemos de resol-

ver colectivamente si queremos asegurar el pacífico y próspero trabajo individual.

Sin preparación adecuada no seremos nosotros quienes demos cuenta de nuestras propias riquezas. Con hombres a la altura de la vasta tarea que reclama en todos los campos la nación, haremos de Colombia la patria prometedora a que tenemos derecho por sentimiento y razón. Sin esos hombres apenas podríamos ser en el porvenir un país de leyenda. Existió una vez, se diría entonces, un país que ocultaba fabulosos tesoros. Desconocedores sus habitantes de cuanto su ignorancia o su incuria les ocultaba, pasaban el tiempo en disputas baladíes... Gentes avisadas llegaron un día y, cautelosamente, empezaron a horadar la tierra con máquinas extrañas. Entre tanto los nativos seguían disputando... Y llegó una hora en que en aquellos terrenos, emporio de riquezas antes, sólo quedaron amontonamientos de detritus y troneras informes. El pueblo atónito cayó en la cuenta entonces de que mientras sus riquezas eran aprovechadas por los extraños, los nativos sólo habían logrado hacerse hábiles en el arte de la discusión.

No por hacer honor a nuestra tradición de república letrada con un estado mayor de intelectuales puros, que está bien sigamos produciendo en discreta proporción, hemos de olvidar la urgencia que tenemos de formar los cuadros de un ejército de trabajadores capacitados para labores, si menos excelsas, más en consonancia con nuestras necesidades del momento. Facultades de agronomía, institutos de oficios y artes, escuelas industriales en la proporción de ciento por uno con las facultades de abogados.

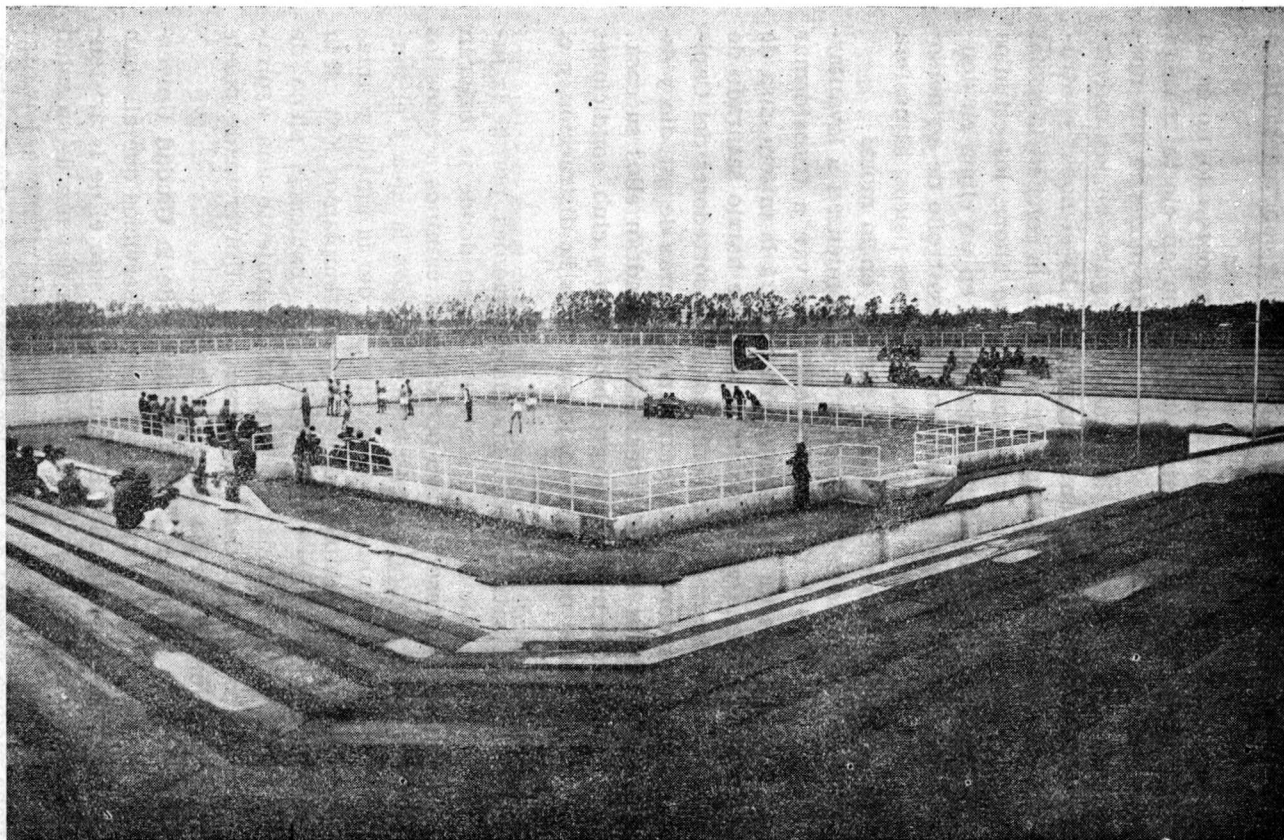
Entendemos la Universidad, no como el privilegio de una minoría selecta sino como la fuerza propulsora de una gran corriente de cultura y progreso nacionales. Cuando oímos hablar de un gobierno manejado por el pueblo la expresión no nos seduce sino en cuanto ella significa elevar la cultura popular hasta la altura y preparación de las más severas responsabilidades. Ya Croisset dijo que la educación del pueblo en una democracia asume la importancia que tiene la educación del príncipe en una monarquía.

Para realizar nuestro vasto plan, urge ante todo crear un ambiente propicio al estudio y al trabajo, un ambiente en el que sea posible transformar la pereza mental en la animosa búsqueda del conocimiento, en donde pueda educarse dentro del esfuerzo consciente para el esfuerzo creador. Un ambiente en el que no

importe únicamente el prestigio intelectual sino en el que tenga un alto precio también la dignidad de la vida privada. Un ambiente en donde se ejerza de por sí, sin intervención policiva, una tutela moral y espiritual sobre los estudiantes.

Todo esto tendrá un maravilloso sentido de armonía cuando la Ciudad Universitaria sea el hogar apropiado de este espíritu tan rico en realizaciones y promesas. Allí las 25 dependencias de la Universidad mostrarán a lo vivo la íntima interdependencia de todos los instrumentos de trabajo y elementos de cultura de la actividad humana. Allí se hará el enlace, se establecerá la solidaridad entre las más diversas ramas de la enseñanza. La esplendorosa realidad de naciones más avanzadas será también una realidad para nosotros, asentada con firmeza en medio de los campos soleados en donde febrilmente se trabaja ahora en la construcción de esta casa del espíritu colombiano. . . . Al lado, y entremezclados con las facultades donde se forman los abogados, los ingenieros, los médicos, los arquitectos, los farmacéuticos, los odontólogos, los veterinarios y los agrónomos, se levantarán los institutos de alta investigación científica —el de botánica, el de química, el de física— y escuelas de tan diversa índole como la industrial para la preparación de obreros calificados y la de enfermeras hospitalarias y sociales. Allí estarán también las bibliotecas de todas las especialidades, la escuela de bellas artes, el conservatorio de música, los museos de historia y de ciencias naturales. Todo el patrimonio espiritual que la ley orgánica de la Universidad entregó a la institución encontrará en aquella ciudad su alojamiento adecuado.

Entretanto, las hoy dispersas facultades se preparan espiritualmente a su nueva tarea de mutua colaboración, y nuestros institutos de investigación comienzan a prestar una función social de trascendencia: análisis de resistencia de materiales en el Instituto de Ensayos y Medidas Normales de la Facultad de Ingeniería; preparación de sueros y vacunas en la Escuela de Veterinaria; indagaciones de parasitología en los laboratorios de la Escuela de Medicina. Y vendrá ahora el estudio más a fondo del hombre colombiano, a través de todas las vicisitudes de su historia etnológica, política y social. Y el detenido análisis de las riquezas de la nación, con las técnicas de su aprovechamiento. Saber utilizar las riquezas que tenemos es también saber defenderlas. Conscientes de que no sólo las leyes y las armas sirven



CIUDAD UNIVERSITARIA, ESTADIO DE BASKETBALL.

para la defensa; prepararemos una generación conocedora de la herencia que recibe, y experta en su manejo.

La Ciudad Universitaria, conviene insistir sobre ello, no es un invento nuestro. Ciudades Universitarias son en cierta manera todas las viejas universidades, y en el sentido moderno que nosotros queremos darle, lo son la inmensa mayoría de las universidades del norte del continente americano. Es el hogar contrapuesto al aula. Es el medio en donde se forma la conciencia social del estudiante. Este seguirá allí, como sigue ahora, los estudios de su especialización, mas estará sumido ya en un clima en donde todo será estímulo para el más amplio desarrollo de su personalidad. Cultura literaria y artística, ejercicios físicos, atmósfera limpia de gérmenes deletéreos en lo físico y en lo moral.

Las residencias de estudiantes, que ya comienzan a levantarse en los campos de la Ciudad Universitaria, van a transformar por sí solas el ambiente estudiantil. Ya no será la mísera casa de huéspedes sin higiene y alegría, ni el café de barrio saturado de humo y de vulgaridad; ya no serán los fríos corredores del Capitolio, los sitios en donde transcurrirán las horas de estudio y esparcimiento de los estudiantes. Ahora tendrán ellos su casa. Tendrán habitación pulcra y alegre, biblioteca y club, condiciones propicias, lo mismo para el trabajo que para la distracción y el reposo.

Y allí se hará patria, patria grande y armónica, porque la juventud de toda la nación vendrá a ese sitio en donde se forjarán ideales afines, y regresará luégo por diversos caminos a todos los sectores del país, llevando en espíritu y corazón la idea y el sentimiento de esta armonía ciudadana que les dio la amada y amable casa común. El archipiélago que hoy contemplamos será así la tierra compacta y firme del porvenir. La conciencia plena de nuestra fisonomía nacional no será ya meramente una aspiración. Entonces comprenderemos cómo una Universidad puede llegar a ser **Alma Mater** de toda una nación.

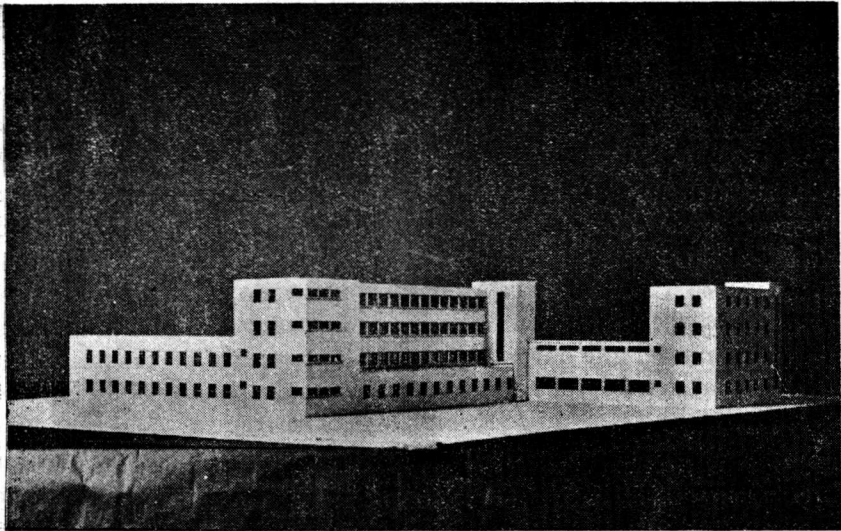
Mientras se terminan las edificaciones de la Ciudad Universitaria vamos creando lentamente todos los servicios que allí han de alcanzar pleno desarrollo. El primero ha sido el de la asistencia social del estudiantado, que atenderá a la defensa de su salud y bienestar. Esta oficina comenzará mañana mismo a levantar la ficha médica y social de todos los alumnos que se han matriculado en las distintas dependencias de la Universidad, y recogerá asimismo la documentación conducente a la adjudicación de be-

cas y auxilios para que estas facilidades y estímulos sean prerrogativa de aquellos que reúnen mejores merecimientos.

Un mismo reglamento y unas mismas normas generales para todas las facultades y escuelas están ya al estudio del Consejo Directivo, y puntos tan trascendentales como el de no considerar al examen de fin de año como el único elemento de juicio para juzgar al estudiante, el de la creación de seminarios que serán verdaderos laboratorios de trabajo e investigación personal, el nombramiento de profesores jefes en todas las ramas de materias afines, la dotación de pensiones viajeras para profesores y estudiantes, han sido ya principios acordados igualmente para todas las Facultades de la Universidad. Una revisión general de los pécunios de las distintas escuelas, y la elaboración de todos los programas que faltaban ha sido la tarea de vacaciones del Consejo Académico y de buen número de profesores universitarios.

Los deportes anticipan también su actividad en el estadio de la Ciudad Universitaria a donde semanalmente concurrirán por turnos todos los estudiantes. Nuevos laboratorios y gran número de obras científicas están en camino y remozarán pronto los gabinetes de trabajo y las bibliotecas de una y otra facultad.

De ninguna de estas prerrogativas y beneficios dejará de participar la mujer colombiana. Vamos ya reparando el abando-



CIUDAD UNIVERSITARIA, PROYECTO EN CONSTRUCCION, DE RESIDENCIAS PARA LOS ESTUDIANTES.

no espiritual en que la habíamos dejado. Los claustros de nuestra Universidad se animan ya y adquieren señorío con su presencia.

El mundo ha avanzado. La conciencia del hombre se ha ido iluminando. Ya nadie niega a la mujer los derechos esenciales del ser humano. Aun se discute, sin embargo, si derechos y prerrogativas han de ser los mismos para hombres y mujeres. Llegará un día en que las generaciones que estudien lo ocurrido en el momento en que vivimos queden perplejas ante el conocimiento de que hubo una época en la historia del mundo en la que se le negó a la mujer la plenitud de los derechos reclamados por el hombre. La negación de Trento apenas si causaría idéntico estupor. Conviene, sí, aclarar que la adquisición de unos mismos conocimientos y el goce de iguales oportunidades para pensar y actuar no significa identidad de una misma misión.

La mujer será ante todo y por sobre todo mujer. El día en que perdiera su gracia femenina, su sensibilidad delicada, su capacidad para la misericordia y la piedad, su dulzura, y hasta su aparente fragilidad, ese día el mundo habría perdido el más poderoso de sus atractivos. No es preciso evocar a Dante y a Petrarca para poner en evidencia lo que la mujer significa como inspiración. Ni urge volver los ojos a la antigüedad para entender lo que las mujeres que supieron ser compañeras y madres lograron realizar. Basta contemplar nuestra vida cotidiana para comprender que carecería de lo que la enaltece e ilumina mayormente si desprendiéramos de ella la vida del hogar.

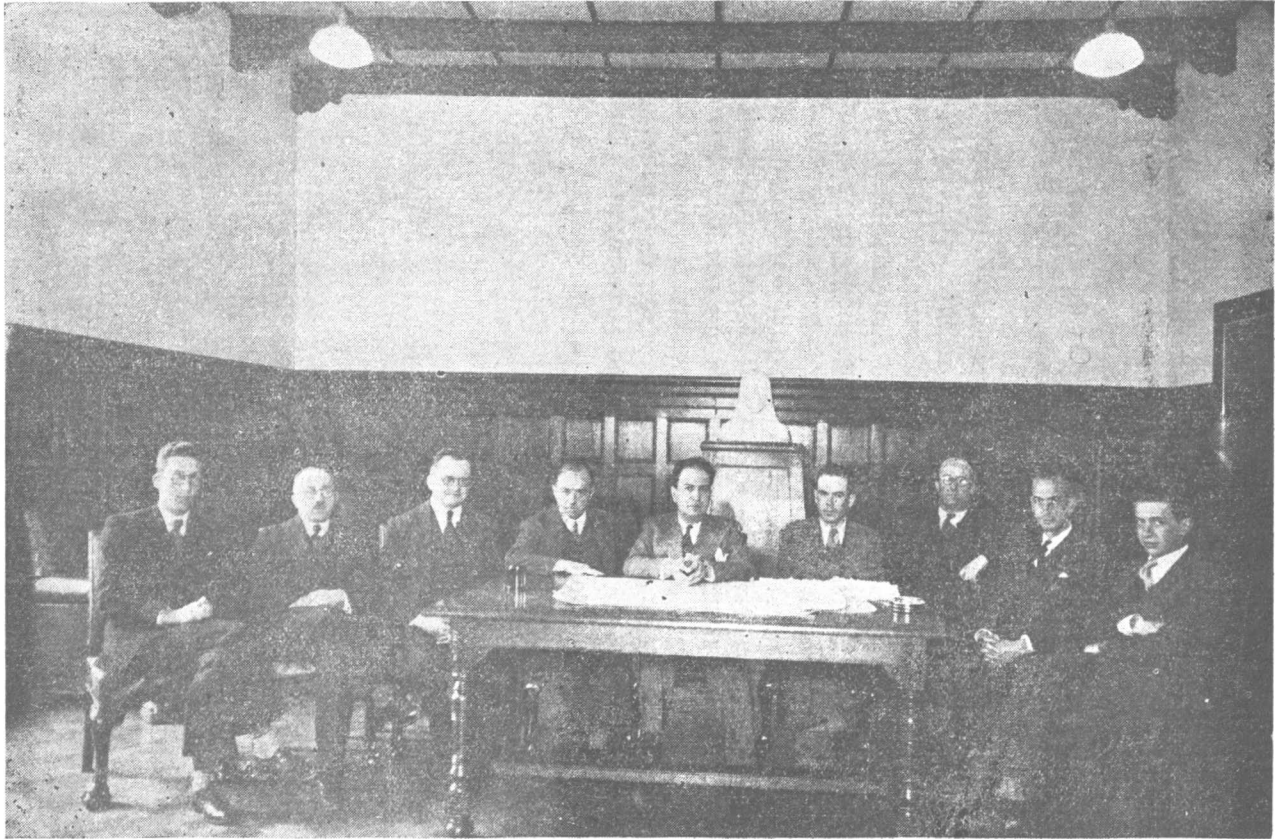
Nada de esto implica sin embargo cerrar a nuestras compañeras las puertas de la cultura espiritual, porque la inteligencia iluminada no da sombra sino luz al corazón.

Jóvenes universitarios: mis palabras finales serán para vosotros. Ayudad, vosotros mismos, a crear una universidad que vibre, que tenga alma y conciencia, que sea la casa propia amada y respetada por todos. Recordad que vuestra labor no está limitada a pasar un examen, a obtener un grado, a adquirir instrucción para ser profesionales expertos. Tendréis que disciplinar vuestra mente, que daros plena cuenta de todos los problemas que surgen del medio y el tiempo en que actuáis, y habréis de adquirir como un hábito la preocupación del bien común.

Así algún día comprenderéis por qué se ha dicho que una bella vida es un sueño de juventud que se realiza en la edad madura.

Que no se pueda decir de vuestra juventud que careció de ideales, que ignoró lo que significan los grandes intereses espirituales y morales de la vida. Que con razón no se haya de llamarnos nunca "pobre juventud", porque la juventud ha de ser siempre rica en vitalidad y en ilusiones, y que la llegada a la Universidad signifique para vosotros, ante todo, un íntimo anhelo de elevar la propia vida, de dignificarla, de hacerla eficaz y armónica.

Una buena estrella guía nuestra nación. Pensad, jóvenes que me escucháis, en lo que ocurre a la hora presente a la juventud de las naciones de ultramar, y contemplad vuestra propia posición. Allá la incertidumbre y la zozobra, el sobresalto cotidiano, la imposibilidad de trazarse un programa de vida que vaya más lejos de la posible y súbita llamada a las trincheras, la inutilidad de forjarse una ilusión. . . . Acá, todas las posibilidades, todas las rutas abiertas a la juventud estudiosa. Una nación en paz, un gobierno que ofrece la plenitud de garantías a que puede aspirar el ser humano, y esta bendecida libertad de pensar, escribir y decir cuanto se quiera. Siento que de vuestro corazón de muchachos sube a vuestros labios un grito espontáneo y resonante: **Bienaventurada la tierra de Colombia!**



CONSEJO DIRECTIVO DE LA UNIVERSIDAD.

En el centro, Dr. Alfonso Araujo, Ministro de Educación; a su derecha, Dr. Agustín Nieto Caballero, Rector; Doctores Gerardo Molina y Jorge Ancizar, representantes del Gobierno Nacional; Doctores Víctor Cock y Julio Carrizosa Valenzuela, representantes del profesorado; don Benjamín Mera y don Hernando Guzmán, representantes de los estudiantes; Dr. Otto de Greiff, Secretario del Consejo,

**CARTA DEL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA AL RECTOR
DE LA UNIVERSIDAD**

Bogotá, febrero 20 de 1939.

Señor doctor don Agustín Nieto Caballero, Rector de la Universidad Nacional.—Presente.

Señor Rector:

En los momentos en que inaugura sus tareas la Universidad Nacional quiero presentar a usted los agradecimientos y felicitaciones del gobierno por la manera como desempeña ese altísimo puesto.

Cuando me permití proponer su nombre en la terna reglamentaria al Consejo Directivo, conocía bien sus antecedentes que como a ningún otro colombiano lo califican para ese puesto. Su consagración de toda la vida a los problemas de la educación; la obra que en ese sentido ha realizado con fervor de apóstol y con desinterés y devoción magníficos; los treinta años que ha dedicado al estudio de las cuestiones universitarias; la manera como ha representado y honrado a Colombia en los congresos internacionales de pedagogía; el vigor de su inteligencia y la limpidez diamantina de su vida privada, todo ello constituye un insuperable acervo de títulos para ocupar la Rectoría de la Universidad.

La manera como usted la ha desempeñado lo hace acreedor al aplauso público, y yo considero como acto de estricta justicia el tributárselo. Con un trabajo de todas las horas está dando usted nueva vida a nuestra incipiente Universidad; está llevando a cabo obras que más que ninguna otra representan eficazmente

la defensa y protección de los estudiantes; ha organizado los progresos de la Ciudad Universitaria, en forma que asegura su realización metódica, y se esfuerza diariamente por levantar el nivel de la Universidad, por dignificarla y aprestigarla, por colocarla en un plano de seriedad, de eficacia y de decoro que han de garantizar su éxito final.

Considero oportunos estos momentos de inauguración de las tareas escolares para reiterar ante usted, señor Rector, el vivísimo deseo del gobierno de trabajar sin descanso por la prosperidad y grandeza de las universidades colombianas, y también para decir a usted que el gobierno le ofrece su más decidido concurso y su más leal solidaridad en el empeño de llevar adelante esa labor, que tiene en usted el mejor y más digno de sus servidores.

Le ruego, señor Rector, aceptar la seguridad de mi más profundo respeto.

EDUARDO SANTOS